

Abordar "La Tumba provisoria"

Partiendo del título del relato me parece oportuno tener en cuenta, señor lector, que los textos son "tumbas", esencialmente "provisorias"... La oscuridad, el silencio y la muerte que presuntamente cobijan, desaparecen no bien ALGUIEN comienza a leerlos, es decir, a llenarlos de vida. Sin embargo, el mero LEER no garantiza el cumplimiento de dicho proceso, puesto que si la lectura es pasiva, perezosa y desinteresada, no solo dejará intacto el texto-tumba, sino que además el lector habrá enterrado una alternativa concreta de crear nuevas significaciones, de vivir una experiencia fascinante, y lo que es peor, de tomar el placer que le brinda el trabajo artístico de otros hombres. De modo que usted, que nos está leyendo, no puede dejar pasar un texto sin intentar transformarlo con una interpretación personal, porque corre el serio riesgo de cavarse su propia "tumba", y su capacidad del goce quedará en ella definitivamente muerta.

Todos los textos literarios contienen múltiples posibilidades de lectura: esbozaré solamente una de ellas... no para que usted acate mi palabra como "el sentido", como la ley-verdad del relato que analizaremos hoy, sino por el contrario, para que se sienta incentivado a pensar su propia perspectiva. El discurso crítico no es para criticar, ni para dictaminar qué deben leer los demás, sino para "poner en crisis" las escrituras y provocar con ese revuelo de signos un entusiasmo fecundo en el que cada uno pueda encontrar lo que busca.

LA SEDUCCION DEL CUENTO EN LA TUMBA PROVISORIA

En el mundo masculino del narra-

dor (almacén, cartas, alcohol, violencia y machete) irrumpe una "vocecita" femenina y una "carita" sonriente... Los diminutivos contrastan con los elementos varoniles, connotan debilidad, suavidad, ternura. Voz y sonrisa de mujer movilizan el espacio masculino; el guiño es el gesto ambiguo que funciona como una bisagra uniendo opuestos: por un lado, es la señal al compañero en el juego entre varones, y por otro es, el requiebro dirigido a la mujer indicándole que el juego amoroso comienza.

El hombre sabe que para conquistarla tiene que "hacerle el cuento"; las mujeres saben que él "siempre" tiene "algo para ellas", es decir, las reglas del juego están tácitamente aceptadas por ambas partes: conquistador y conquistada (emisor y receptor, escritor y lector). La palabra-relato tiene que, de acuerdo con lo planteado, seducir al otro. Si existe un arte para seducir, no hay que olvidar que el arte es, quien lo duda, seductora...

El tipo "30 años, moreno, feo, fuerte", es para nuestra lectura el prototipo del héroe mítico, o fantástico-literario; nótese que se trata de un personaje sin nombre, porque él puede ser todos los hombres, o cualquier hombre, o en todo caso, encarnar el ideal de hombre alimentado por la fantasía de toda una cultura. El episodio narrado, real o ficticio, eso no interesa a un cuentero de ley, ni a un lector de literatura que se precie de tal, posee los componentes necesarios para que el héroe consiga su cometido. La aventura del cuento es la puerta de acceso a la otra aventura, de una depende la otra, por eso es un cuento dentro del cuento en más de un sentido.

El relato-seducidor repite en su interior dos elementos que habíamos apuntado como integrantes del mundo masculino: alcohol y machete. El primero lo sustrae de la realidad y acciende su imaginación fabuladora; el segundo, es un símbolo que lo acompaña, como un rey lleva su cetro, como atributo de su virilidad, como una afirmación enfática de su fuerza poderosa (macho y machete, es el juego de palabras que lo define). Munió de estos artificios humanos, el protagonista está inmerso en un contexto adánico y natural, del que forma parte por su casi completa desnudez, conformado por: tierra, sol, monte virgen y animales salvajes. En ese escenario primitivo y solitario, en ese tiempo, sin tiempo, el hombre podrá cumplir su ritual secreto de desafiar a la muerte, de volver al seno de la madre tierra (funciona protectora y agobiante a la vez) y renir en su ceremonia simbólica y atrevida, la matriz y la tumba, la vida y la muerte. Pero el equilibrio paradisiaco es acechado por el peligro de un yaguaroté, que no por azar, es hembra. Lo olfatea y lo saliva, pero no lo desconoce, en verdad él es un tigre con las hembras. Por segunda vez el signo femenino asedia su tranquilidad viril, lo sacude, lo inquieta, lo impulsa a la acción. El héroe, astuto y acostumbrado a estos trances, engaña a la otra: en un caso sustituyendo su cuerpo por un tronco, en el otro por medio de su habilidad verbal, es decir, la ficción es su fuerza más efectiva. Se salva de los daños enigmáticos del silencio femenino, que no cuenta, pero que también seduce, y en tanto se salva de caer definitivamente en las garras de la otra, es que puede contar el cuento... a otra, y así provisoria e infinitamente...

Ana Camblong